

# LA DEVOCION AL SAGRADO CORAZON Y LA ASCETICA DE LA COMPAÑIA DE JESUS

## IN MEMORIAM

Presentamos a los lectores de **ECCLESIASTICA XAVERIANA** un artículo inédito del R. P. Eduardo Ospina S.I., quien murió santamente en julio de este año.

El R. P. Ospina, no solo por los cargos que ocupó (\*), sino por sus nobles cualidades espirituales y humanas, fue un hombre de excepción.

Pensador original y profundo, nos dejó en sus escritos el reflejo auténtico de sí mismo. Nada de lo que él escribió en sus libros, en esta Revista y en otras muchas, fué repetición más o menos afortunada de pensamientos ajenos, sino expresión de alta calidad, y a veces muy feliz de una síntesis muy personal de su amplia cultura espiritual y humana.

Pero existían para él temas de especial predilección, como los de Arte, Teología o Espiritualidad, que expresaban con mayor fidelidad su pensamiento íntimo vivido como un noble ideal.

Por eso hemos escogido para honrar su memoria, un tema que refleja con mucha exactitud su vida de Sacerdote de la Compañía de Jesús.

No son los hechos exteriores los que dan la historia de un hombre, sino la que vive en su interior con sus ideales y motivaciones. Por eso creemos que la mejor biografía del P. Ospina es este artículo, en el que se expresa su gran ideal de cristiano y de religioso en un estudio sereno, personal y reflexivo.

Quienes le conocieron en su vida, al leer este trabajo, reconocerán en la verdad de lo que escribe, la auténtica verdad de su vida.

Rara vez se da en un escritor una identificación tan notable de su escrito con su vivencia interior. Por eso este artículo, sin pretenderlo él, es su mejor y verdadero elogio.

Pensamos que para formarse una idea más precisa de la ascética de la Compañía de Jesús y sus relaciones con la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, es útil tener delante de los ojos la idea general de la ascética cristiana. Así se comprenderá mejor qué es lo común y qué lo característico de la ascética de la Compañía dentro del pensamiento ascético de la Iglesia, y qué es lo común y lo característico de aquella preciosa devoción dentro de la ascética de la Compañía de Jesús.

---

(\*) Rector del Colegio Noviciado de la Compañía de Jesús, Rector del Colegio Máximo S.I., Vice-Rector de las Fac. Ecl. y de las Fac. Civiles de la Universidad Javeriana, Profesor de Teología, Académico de la Lengua.

## I

## ESBOZO DOCTRINAL E HISTORICO DE LA ASCETICA CRISTIANA

1. *El concepto de la ascética cristiana.*

Aunque la sustancia misma de la teología ascética es muy antigua, la sistematización de ella, como ciencia especial, es más bien moderna. Por eso no es extraño que haya mucha variedad en los autores al formular una definición de *ascética* (1) o *ascetismo* y por tanto de *teología ascética*. Esta es *la ciencia religiosa que trata de la ascética*.

Y la ascética cristiana se puede definir acertadamente así: *El conjunto de medios que sirven para ejercitar al hombre en la virtud cristiana en orden a unir más perfectamente con Dios.*

Esta definición es en cierto modo experimental, porque el concepto neto de la ascética no ha podido formularse sino después de una larga historia de la práctica ascética y de la discusión de su esencia y de sus principios.

La definición indicada es suficientemente amplia para comprender las diversas clases de fines y medios ascéticos y suficientemente precisa para poderse aplicar solo a la ascética. Es pues, una definición aceptable.

Según esa definición, la ascética es un conjunto de medios adaptados para un ejercicio de acción humana. Por tanto de esos medios unos son teóricos, otros prácticos; unos negativos, otros positivos, y todos se dirigen a sus fines como las causas a la producción de sus efectos propios. Así la doctrina ética y dogmática, la moral especulativa y práctica, la psicología teórica y la aplicada, y así también los ejercicios de virtud y perfección cristianas, los criterios para conocer el origen y naturaleza de las mociones espirituales, los métodos para extirpar las faltas o para adquirir las virtudes, etc. etc.

El fin inmediato de esos medios es ejercitar la virtud cristiana. Por virtud cristiana entendemos aquí la que se ejercita por los caminos ordinarios de la perfección, según las enseñanzas de Cristo, y que exigen la cooperación libre y activa del hombre. No tratamos pues, de otras ascéticas que

---

(1) Etimológicamente la palabra **ascética** viene del verbo griego **askeo** que tuvo, aun en griego clásico, una rica evolución semántica, desde el sentido de "modelar un material" hasta el de "ejercitar el cuerpo en ejercicios atléticos" y también "el alma en la sabiduría o la virtud".

puedan existir fuera del cristianismo, ni tampoco tratamos, dentro del cristianismo, de los caminos extraordinarios o místicos, por donde lleva Dios a algunas almas, y en los cuales la intervención del hombre es en máxima parte receptiva.

Finalmente el ejercicio de la virtud cristiana se dirige a buscar o a realizar una unión *más perfecta* con Dios. Con esta expresión se indica que el ejercicio de la vida ascética tiene una duración indefinida y debe continuarse hasta el instante en que la unión con Dios ya no es susceptible de aumento, es decir, hasta el instante en que el alma entra en la eternidad.

## 2. *El fin sobrenatural. La gracia y la gloria.*

### *La multiplicabilidad de la gracia. El Esfuerzo.*

Dios, con una dignación y un amor infinitos, quiere que el hombre participe, eternamente y en una forma divina, de la misma felicidad de Dios. La contemplación directa de la Perfección divina y el goce sobrenatural correspondiente a esa contemplación es un bien tan alto que sobrepuja la capacidad de toda naturaleza creada, y tan valioso que ha costado a Dios la Encarnación y la muerte de cruz, la Eucaristía y el inmenso tesoro de gracias que es la Iglesia divina e inmortal.

Esa visión y ese gozo inefables son muy misteriosos, pues son divinos, y uno de esos misterios consiste en que, siendo la gloria una participación del Infinito, la perfección con que puede alcanzarse admite innumerables grados. Esos grados corresponden estrictamente a la perfección con que se alcanza la gracia de Dios en esta vida, cuyo único fin es por tanto la preparación de la vida eterna.

La gracia divina tiene ese nombre por ser un don absolutamente gratuito sobre toda exigencia o derecho de una naturaleza no divina.

La gracia es la unión con Dios. Y es preciso pensar mucho en esta otra verdad dogmática. La gracia divina es una forma real y física del alma: por la gracia participamos de la naturaleza divina. En una manera muy misteriosa, pero realísima la propia vida de Dios vivifica nuestra alma con tan milagrosa unión y tan incomprensible posesión de Divinidad, que si viéramos nuestra alma en gracia, veríamos a Dios en nosotros como en su cielo y nos veríamos a nosotros mismos deificados, es decir, entraríamos en la visión y goce de nuestro cielo. Por eso en teología la gracia se llama *deiforma*. La gracia es el cielo poseído, pero aún no gozado. Y ese cielo es Dios mismo, Perfección, Belleza, Felicidad infinita:

La inteligencia y el corazón humanos nunca hubieran imaginado ni pretendido grandezas tan originales e insondables: se necesitaba que la Inteligencia y el Amor infinitos las concibieran, las realizaran y nos revelaran su pensamiento y su realidad.

El mérito es el derecho inherente a la gracia, derecho de una gloria proporcional en la eternidad.

Se comprende pues, la estricta proporción entre la gracia, el mérito y la felicidad eterna.

Todo el plan de Dios sobre la existencia terrestre del hombre es que adquiramos, conservemos y aumentemos la gracia divina, que es el grado de perfección con que en un momento dado poseemos a Dios.

La ascética es pues, como la organización de la vida según el plan de Dios. Así se comprende la relación de la gracia con la ascética, según el doble fin de ésta antes indicado. El fin inmediato de la ascética es aumentar la gracia de la manera más perfecta posible por el ejercicio de la perfecta virtud cristiana. El fin mediato de la ascética es por tanto *la unión con Dios por la gracia en una forma cada vez más perfecta.*

\* \* \*

Entre los medios que producen o aumentan la gracia unos son instrumentos objetivos, otros buenas disposiciones subjetivas. El bautismo en un niño recién nacido produce la gracia santificante, y si se le diera en seguida la sagrada Comunión, recibiría un aumento de la primera gracia. Todos los sacramentos, en un sujeto bien dispuesto, de suyo producen la gracia que su materia y su forma externa simbolizan.

Los actos humanos, como pensar, moverse, trabajar, no tienen esa virtud, y pueden hacerse malos o buenos según las malas o buenas disposiciones del hombre. Son los actos llamados indiferentes. Si se hacen en estado de gracia y por un motivo sobrenatural, aumentan la gracia por esa buena disposición del que los hace.

En hombres capaces de los actos morales, es decir, suficientemente conscientes y libres, la recepción de los sacramentos aumenta la gracia doblemente: por la virtud del sacramento y por la buena disposición del sujeto y proporcionalmente a esa buena disposición.

Las buenas disposiciones del sujeto, supuesto el estado de gracia, se reducen en último término a una: la adhesión libre de la voluntad al bien sobrenatural. Un acto indiferente o bueno en el orden natural se hace me-

ritorio de gracia y gloria, si ese acto es libre y hecho por un motivo sobrenatural, y el aumento de gracia es proporcional a la intensidad del acto mismo. Esa intensidad del acto es lo que en ascética se llama fervor. El fervor sensible puede acompañar y ayudar al fervor de la voluntad, pero no es necesario.

La deliberación consciente y libre y la intensidad de nuestra voluntad en la cooperación a la gracia de Dios es un elemento definitivo en la labor ascética de nuestra perfección. "No basta ocuparse en obras de suyo buenas", dice un gran asceta, y "en el estudio así de la letras como de las virtudes... vale más un acto intenso que mil remisos" (2).

Por tanto el aumento de gracia y de mérito no depende de la importancia material del acto exterior, sino de la libertad, pureza de intención y fervor de la voluntad. Solo en el cielo nos daremos cuenta del valor inmenso de una palabra caritativa, de una jaculatoria afectuosa. Un sencillo movimiento de la escoba o de la pluma puede, literalmente, acumular constelaciones, pero no de las que se convertirán en cenizas, sino de las eternas, de las divinas...

Organizar la propia conducta a la luz de la verdad cristiana, para que las ocupaciones de la vida, aun las más insignificantes, se conviertan ya por sí mismas, ya por las mejores disposiciones subjetivas en instrumentos para la defensa y aumento de la gracia divina es la obra de la ascética cristiana, sobre todo en la perfección evangélica.

La gracia es un capital de multiplicabilidad tan prodigiosa como solo puede concebirlo la Inteligencia infinita y realizarlo el Poder infinito identificado con el infinito Amor.

Un grado inicial de gracia santificante merece ya un cielo. Por los actos virtuosos ese grado se puede duplicar, triplicar, centuplicar en proporciones gigantescas, que en el ejercicio sobrenatural de un solo día alcanza cúmulos insospechados y que en una vida se hacen inconcebibles. Las magnitudes astronómicas son pobre cosa para expresar el valor de un solo grado de gracia y son nada para expresar su multiplicabilidad. Pero Dios los conoce con precisión, los mide con exactitud y los premia con toda la justicia de su Amor.

A conservar la gracia de Dios y aumentarla con el mayor rendimiento posible por la práctica de la virtud sobrenatural en una forma metódica y ferviente se dirige la ascética superior que llamamos vida de perfección.

\* \* \*

---

(2) San Ignacio, **Carta sobre la perfección.**

La práctica de la vida consciente y libre en el hombre tiene un aspecto íntimamente relacionada con el nombre y esencia de la ascética y por lo mismo con el aumento de la gracia: *el esfuerzo*.

Esfuerzo es noción trascendente que se extiende a toda superación voluntaria de sí mismo, desde el acto de recogimiento instantáneo para pensar en Dios presente hasta la oblación sangrienta de la vida por el martirio. El esfuerzo es elemento trascendente del dominio personal, de la mortificación ordinaria, del dolor intenso, del sacrificio heroico.

El esfuerzo, ese vencimiento humano de una resistencia interior o exterior, no es en sí mismo meritorio ni produce la gracia, pero tiene la preciosa cualidad de ocasionar y acondicionar las buenas disposiciones subjetivas y especialmente la energía e intensidad de los actos voluntarios que aumentan la gracia. En igualdad de circunstancias, una obra hecha con esfuerzo voluntario es más meritoria que la misma hecha sin él, porque supone un acto humano más consciente, más libre y más intenso.

Dios ha establecido este orden en apariencia desordenado, pero en realidad de una armonía maravillosa: que la práctica de la virtud, tan conforme y benéfica a la naturaleza, sea difícil a la naturaleza. En el hombre la línea del menor esfuerzo lleva a la degeneración de cuerpo y espíritu.

El esfuerzo libremente afrontado es el yunque de la grandeza espiritual. Nuestra capacidad para el esfuerzo es la medida de nuestra voluntad y por tanto de nuestra personalidad y de nuestra cooperación a la gracia de Dios.

\* \* \*

Todas estas nociones no se sistematizaron desde un principio en el cristianismo. Como la estética vino después de una producción artística secular, así la ciencia ascética vino después de una larga práctica en la vida de los mejores cristianos.

### 3. *El desarrollo histórico de la ascética cristiana.*

También aquí por razones patentes solo queremos indicar la línea general, no la historia propiamente dicha. Nuestro propósito es solo sugerir el empalme histórico de la ascética tradicional de la Iglesia con la personalidad ascética de San Ignacio.

La ascética cristiana tiene su origen en las enseñanzas evangélicas de Jesús y se resume toda en aquella su densa palabra: *Si quis vult me sequi, denegat semetipsum et tollat crucem suam et sequatur me* (3).

Hay en ella una parte negativa, la abnegación propia: *Abneget semetipsum et tollat crucem suam*, —y una parte positiva, la imitación de Jesús: *Sequatur me*.

Notemos desde luego que en el Evangelio aparece clara una distinción entre la práctica de los mandamientos y de los consejos, entre una ascética obligatoria, elemental, y otra libre y perfecta.

\* \* \*

Las primeras formas en que apareció el deseo deliberado de imitar al Salvador fueron el martirio y la virginidad. Ya hacia el año 96, San Clemente romano llamaba atletas a los mártires (4), y de esta metáfora usaba también San Ignacio mártir (5), para designar al cristiano austero y fuerte.

La Iglesia tuvo siempre una gran solicitud y aprecio por las almas vírgenes que colocaba en seguida de los mártires. La virginidad en la estima de la Iglesia era equivalente a un martirio, por ser una oblación difícil, voluntaria y total. La virginidad no tuvo desde un principio un retiro absoluto, pero sí se unió casi siempre con la penitencia corporal y con las otras obras de caridad.

El deseo de perfección completa desarrollado en esa vida dió un paso más, firme y recto, con el monaquismo en el siglo III. San Antonio, el primero de los anacoretas (6) buscaba el alejamiento total del mundo (elemento negativo), para consagrarse más perfectamente a Dios por la práctica de la pureza, de la oración, de la penitencia, del trabajo y de la caridad (elementos positivos). Los anacoretas son atletas que con un esfuerzo más generoso que el vulgo de los cristianos vencen al demonio y a la carne, para conquistar la santidad en la unión con Dios.

Esta forma de vida predominó en Oriente: los orientales han sido siempre propensos al aislamiento contemplativo. Pero la naturaleza humana, esencialmente sociable, no podía evitar los errores de la actividad psicológica y práctica en la vida solitaria. Por eso, sobre todo en Siria, los

(3) Marc. VIII, 34.

(4) Epist. ad Cor. V, 1.

(5) Epist. ad Polyc. II, 3.

(6) **Anacoreta** significa "el que se retira" (del mundo); **monje** (monachus), el solitario, el eremita.

excesos en la penitencia llegan a la extravagancia, y por eso también un deseo de dirección sana aproxima los solitarios a la celda de los grandes maestros de aquella ascética, como eran San Antonio y San Macario, y empieza a insinuarse la práctica de la vida evangélica en la vida común.

Ya san Basilio (331-379) llegó a formular los peligros de la vida solitaria hasta afirmar que no es conforme a los planes de Dios (7). San Pacomio (292-346) tenía ya una sabia experiencia histórica y empezó a organizar la vida ascética en la comunidad que se llamó *cenobio* (8).

El Occidente, siempre más equilibrado y razonador que el Oriente, desarrolló con vigor el monaquismo, pero en su forma cenobítica. Con esto la vida ascética va adoptando maneras nuevas y más humanas. Esto no es de extrañar: en muchas formas de actividad, sobre todo cuando entra en juego la reflexión, la naturalidad es lo último que se alcanza.

El anacoreta era un gran domador de su carne. El cenobita lo es también; pero añade un triunfo más perfecto al abnegar su propia voluntad. Es una comprensión más profunda del esfuerzo y una mirada más penetrante de la perfección espiritual. Así la ascética se hace más social, al desarrollar la humildad, la obediencia, la caridad fraterna: gran progreso hacia la santidad cristiana.

Al propio tiempo en la vida de los monjes se va acentuando el aprecio y la práctica de tres virtudes, que serán en adelante la cuerda de tres hilos con que ceñirá su sayal sagrado la ascética cristiana. Por lo pronto la castidad sigue viviendo en una práctica y estima profunda y delicada. La pobreza, en una forma mesurada, se preconiza en la vida y en la literatura ascéticas. Y señaladamente la obediencia se hace la virtud específica del religioso, fundada sólidamente en motivos sobrenaturales.

Junto con la obediencia y en cierto modo como su *conditio sine qua non*, la vida monacal exigía y practicaba una gran claridad de conciencia, y ya desde San Antonio se formó en el mundo ascético la certera y honda convicción de que la dirección espiritual es el instrumento normal del progreso hacia la perfección.

El gran desenvolvimiento que adquiere el monaquismo desde el siglo VI al XII está profundamente señalado por el influjo y carácter de San

(7) Qui igitur vivit ab omni hominum coetu sejunctus fortasse unum donum habet; sed cum illud in se ipso defossum detineat, ipsum per inertiam inutile reddit (*Regule fusius tractatae*, VII, 2. PG. 31, 931).

(8) De *hoines y bios*: común vida.

Benito (480-543). Las órdenes nuevas o reformadas todas abrazan más o menos estrictamente la regla del gran fundador occidental.

Pero al llegar el siglo XIII, el gran siglo de la vida católica, un deseo más intenso y tierno de imitar al Señor conmovió las almas, sobre todo en la pobreza con que encabezó su bienaventuranza y que El hizo una virtud típica de su vida y de sus escogidos. Esa es la razón de las órdenes mendicantes, cuyos campeones fueron Santo Domingo y San Francisco. Las caracteriza un amor especialmente afectuoso hacia el Salvador, que se concreta primero en un desprendimiento individual de todo lo creado, para encontrar la identificación perfecta con el gran Modelo.

Por otra parte desde los primeros siglos, la tendencia hacia el apostolado se fue desarrollando progresivamente y en proporción al desarrollo y práctica más perfectos de la ascética. Si los anacoretas raras veces volvieron a las ciudades de los hombres, los cenobitas en Oriente y sobre todo en Occidente ejercieron la beneficencia y la enseñanza. Los monjes benedictinos fueron los civilizadores de los bárbaros; los seguidores de San Francisco fueron misioneros en Europa y Asia; los hijos de Santo Domingo se llamaron propiamente "los Hermanos Predicadores".

Como se ve la vida de perfección siguió como una trayectoria parabólica y fue aproximándose indefinidamente a otra trayectoria rectilínea: la del apostolado. A partir del Salvador y de sus enviados, el apostolado avanzó en la línea de la vitalidad expansiva de la Iglesia y se personificó en la Jerarquía católica. A lo largo de la historia y como carácter del progreso en la concepción y práctica de la ascética, se ve clara una tendencia de las almas cristianas escogidas a unir el concepto de la ascética con el concepto del apostolado. Esa tendencia inicialmente tímida se hace franca en su avance secular, hasta entrado el siglo XVI. No en vano, el pseudo-areopagita en la profunda mentalidad del siglo V, procedente de Siria y que influyó tanto en la teología y por tanto en la ascética medieval, había escrito: *Divinorum divinis sinæcum Deo cooperari in salutem animarum.*

\* \* \*

Por siglos había fermentado esta preciosa levadura en la masa cristiana, cuando un oficial español herido, en las horas de convalecencia, empezó a leer "la Flor de los Santos" y a interrumpir pensativo su lectura. Sus famosas palabras: "Santo Domingo hizo esto; pues yo lo tengo de hacer. San

Francisco hizo esto; pues yo lo tengo de hacer" (9), nos indican bien el empalme entre todo un pasado histórico y la vida de este nuevo maestro, que había de hacer tan hondo surco en la futura historia de la ascética y que en nuestra vida personal ha puesto vínculos tan firmes y definitivos con nuestra eternidad.

## II

### EL CONCEPTO ASCETICO IGNACIANO Y LA ASCETICA DE LA COMPAÑIA DE JESUS

#### 1. *Desenvolvimiento del concepto ascético en San Ignacio.*

En la vida espiritual de San Ignacio conviene advertir dos grandes aspectos que compenetrados dan una sola realidad: la tradición y la personalidad.

En todo hombre, y más aún en los grandes, la tradición fructifica irremediable y copiosamente. Pero al mismo tiempo los grandes aportan su riqueza nativa y refuerzan y a veces transfiguran los elementos tradicionales. San Ignacio es toda una rica herencia; pero también es uno de los más grandes genios religiosos que Dios ha enviado al mundo.

---

(9) *Acta Patris Ignatii ut primum scripsit P. Ludovicus González excipiens ex ore ipsius Patris* en *MONUMENTA HISTORICA S.J.*, Monum. Ignat., series 4<sup>a</sup>, vol. I, pág. 41.

Sobre el influjo de los libros de Loyola y en especial de los santos indicados y de San Onofre, véase un interesante estudio del P. Pedro Leturia S.J., *La conversión de San Ignacio*, en *ARCHIVUM HISTORICUM S.J.*, vol V (1936), pág. 1, y los dos libros del mismo P. Leturia: *Apuntes Ignacianos*, Madrid, 1930, y *El gentilhomme don Inigo López de Loyola*, Montevideo, 1938.

El empalme de la personalidad de San Ignacio con la tradición está expresado con precisión por el P. H. Watrigant, especialista en estudios sobre el santo y sus ejercicios: *Espagne, la grande nation catholique est à ce moment de l'histoire comme un vaste océan vers lequel fleuves et ruisseaux se dirigent: en s'y jetant, leurs eaux s'y purifient, y deviennent plus limpides et resplendent d'une lumière jusque la inconnue: sous l'influence d'une foi immaculée, d'une Theologie très saine, et aussi sous l'action d'une vie spirituelle tres élevée, les livres de formation religieuse importés en Espagne et qui s'y rééditent par les soins de quelques saints personages, se modifient parfois très heureusement...* H. Watrigant, *La meditation fondamentale avant Saint Ignace*, citado por el P. Leturia en el primer artículo indicado, pág. 34 .

La tradición ascética a través del *Flos Sanctorum* y de los otros libros de Loyola habló a esa alma admirable, para hacerle fijar la mirada en la figura central de la vida perfecta: Jesucristo (10).

Es patente el influjo de la tradición hasta el punto de que por los modelos que más le impresionaron nuestro capitán convertido reprodujo en algún modo con su propia biografía las formas ascéticas de los siglos anteriores. El escogió como primera entrada en su nueva vida, la solitaria de un anacoreta. Luego empezó a intentar la reunión de compañeros para hacer con ellos vida común de perfección, y siempre, como con un espíritu inmortal, informó con la pobreza mendicante todos aquellos años, porque desde Manresa se había persuadido que en la pobreza se cifra una enseñanza típica de Jesús; más aún, como Ignacio la entendía, la pobreza "es la vida verdadera que muestra el sumo capitán de los buenos que es Cristo Nuestro Señor" (11).

Este desarrollo de vida espiritual, reflejo del histórico, tuvo por punto de partida la imitación de Cristo en gran parte a través de la imitación de los santos. Pero a medida que asciende esta espiritualidad, la vista se va fijando más directa y exclusivamente en el gran Modelo en cuya naturaleza, vida y enseñanza ahonda con una penetración incomparable.

En la manera como él entiende la Personalidad de Jesús y en la manera como, a su lumbré, concibe la propia vida espiritual, está, a nuestro parecer, lo más genial de las ideas ignacianas y ciertamente lo más fecundo y radiante de su vida.

\* \* \*

Entre los riquísimos e inagotables aspectos de la Personalidad de Jesús, imitados con predilección por otros santos y escuelas ascéticas, como Jesús, penitente, casto, obediente, pobre, San Ignacio contempló un aspecto que tuvo por el más característico e importante: Jesús, *Salvador*. Es el Nombre, diríamos, la Esencia misma de Jesús.

La importancia de la obra de salvar almas por el apostolado, como Jesús, es tan fundamental en la concepción ascética de San Ignacio que

(10) "Juntamente iba cobrando fuerzas y aliento para pelear y luchar de veras, y para imitar al buen Jesús, nuestro Capitán y Señor, y a los otros santos, que por haberle imitado, merecen ser imitados de nosotros". (Rivadeneira, *Vida de San Ignacio*, t. I, Cap. 2, p. 14).

(11) Meditación de dos Banderas.

antes de formular abstracta y concretamente esa concepción se hace preciso indicar los documentos en que estriban nuestras fórmulas. Esos documentos son de dos clases: los escritos y los hechos del Santo.

De los escritos de San Ignacio consideramos principalmente los *Ejercicios*, la *Fórmula del Instituto* (1550), las *Constituciones* y la *Carta* que llamamos de la *perfección* en que él sintetizó elocuentemente su idea sobre la naturaleza y espíritu de la Compañía. De estas fuentes tomamos la prueba de nuestras afirmaciones, que podrían reforzarse con todos los otros escritos de nuestro Santo Padre.

En cuanto a los hechos, con la suma brevedad impuesta por los límites de nuestro trabajo, fijemos la atención en los siguientes:

1º — Su conversión tuvo por motivo el amor de Dios, de Jesucristo Nuestro Señor, amor que en un principio se manifestó en el deseo de vengar al Señor por las más ásperas penitencias. Con las primeras mociones de conversión surgió en su alma el deseo de vivir en Jerusalén, como expresión de un anhelo vago de asimilación a Jesús (12). Cuando el deseo de grandes penitencias se va transformando en el deseo de salvar almas, Jerusalén sigue atrayéndolo. Pero el impulso hacia el bien de las almas surgió con la primera gran ilustración, según lo cuenta el P. Laínez (13).

2º — Ya desde Manresa en adelante dió muchas veces los Ejercicios (14), impelido por el deseo de hacer bien a las almas. Y es evidente que el fin, al menos general, de los Ejercicios es salvar y santificar las almas.

3º — Se resolvió a estudiar con un fin apostólico. “Después que el dicho peregrino entendió que era voluntad de Dios que no estuviese en Jerusalem, siempre vino consigo pensando quid agendum, y al fin se inclinaba más a estudiar algún tiempo para poder ayudar a las ánimas...” (15).

4º — A este deseo de estudiar se añadió el de allegar algunos compañeros con quienes trabajar en bien de los prójimos: “Pues como a este tiempo de la prisión de Salamanca a él no le faltasen los mismos deseos que tenía de aprovechar a las ánimas, y para el efecto estudiar primero y ajuntar algunos del mismo propósito y conservar los que tenía; determinado

---

(12) Cfr. MONUMENTA IGNATIANA, ser. IV, t. I, *Acta P. Ignatii*, nn. 8, 9, 12.

(13) *Ibid.*, *Epistola P. Lainii de S. Ignatio*, p. 103.

(14) *Ibid.*, ser. II, *Prolegomena in Exercitia*, c. II, art. I.

(15) *Ibid.*, ser. IV, *Acta P. Ignatii*, n. 50.

de ir para París, concertóse con ellos que ellos le esperasen por allí" (16). Y recordemos que los compañeros ya le acompañaban desde Barcelona.

5º — Después de reunir compañeros más constantes en París y después de los votos de Montmartre, quiso establecerse por segunda vez en Jerusalén con esos últimos compañeros. "Y ya entonces, nos cuenta también González de la Cámara, todos se habían determinado... de ir a Jerusalén y emplear su vida en bien de las almas" (17). Pero la modalidad de ir a Jerusalén se va haciendo accidental, porque el apostolado podría tal vez hacerse mejor en otra parte: "Y si no les fuera dado permiso, continúa el mismo autor, de permanecer en Jerusalén, volver a Roma y presentarse al Vicario de Cristo, para que los pusiera a trabajar donde juzgase ser mayor gloria de Dios y bien de las almas" (18).

6º — San Ignacio fundó la Compañía de Jesús. Dios, con una providencia infinitamente amable, llevó a cabo por nuestro Padre la Compañía en una forma no prevista para el Fundador, pero que había de realizar sus aspiraciones con una plenitud magnífica. El no había previsto desde un principio la forma concreta de la Compañía, pero ella fue la hija de su alma y el fruto natural de sus Ejercicios. La realidad concreta de la Compañía, aprobada por primera vez en 1540, se diferencia de los Ejercicios compuestos dieciocho años antes, como se diferencia un árbol florecido de su semilla en el seno de una buena tierra.

7º — San Ignacio realizó su santidad realizando la Compañía:

a) El se consagró totalmente a formarla por la organización y dirección. La alteza de su vida, la profundidad de su pensamiento, la práctica de su austeridad y de su oración se concentró en la elaboración de las Constituciones y en el gobierno de la Compañía.

b) El vivió exactamente la vida que quería infundirle y modelándose en ella se hizo su modelo.

c) El comprendió que en la formación de la Compañía estaba su obra de *mayor gloria de Dios*.

d) La Compañía es la forma concreta de la vida que en una forma abstracta, pero clara y precisa, esboza en los Ejercicios: ella es la vida consagrada toda al servicio de Dios y por esto a la salvación del alma por la elección y práctica *de los demás conduce para el fin que somos criados*,

(16) *Ibid.* n. 73. Cfr. nn. 56, 57, 77, 82.

(17) *Ibid.* n. 85.

(18) *Ibid.*

como luego explicaremos; —ella es el seguimiento del “Rey eterno” con “oblaciones de mayor estima y de mayor momento”, “para conquistar todo el mundo y todos los enemigos” (19); —ella es “la vida verdadera” de los apóstoles y discípulos escogidos que el Señor envía “por todo el mundo esparciendo su sagrada doctrina” (20); —ella lleva a término el fruto de la segunda semana y de todos los Ejercicios de trabajar por alcanzar un “conocimiento interno del Señor que por mí se ha hecho hombre, para que más le ame y le siga” (21).

\* \* \*

La ascética de San Ignacio se formuló en los Ejercicios y se concretó en las Constituciones. Y como la ascética de San Ignacio es su vida espiritual y como las Constituciones son la vida de la Compañía, la vida espiritual de San Ignacio se transfundió en la vida de la Compañía.

Nunca se meditará lo bastante la identidad psicológica entre la concepción ascética personal de San Ignacio y la concepción de la Compañía. Y es que el profundo amor de aquella alma hacia Nuestro Señor Jesucristo y su inmensa aspiración de gloria de Dios por la salvación de las almas, ya desde los días de Manresa fue creciendo, creciendo, hasta desbordar la propia personalidad. Era el supremo aspecto de identificación con la Persona y con la obra de Jesús: la perpetuidad en el tiempo y la extensión en el espacio. Para el efecto lo mismo da que este desenvolvimiento psicológico se realizara en un instante de intuición superior o lentamente en los quince años que corren desde 1522 a 1537. Esto último debe decirse al menos en cuanto a la realización concreta de su sueño audaz: perpetuar su apostolado a todos los siglos y extenderlo a todas las regiones de la tierra. En el instante en que empezó a concebirse ese sueño empezó a existir la Compañía.

---

(19) Segunda semana, **El llamamiento del rey temporal.**

(20) *Ibid.*, **Meditación de dos banderas**, segunda parte, punto segundo. A la estricta pobreza y humildad que San Ignacio tiene por “la vida verdadera que muestra el sumo y verdadero Capitán” correspondió en la vida concreta de la Compañía la pobreza rigurosa según las Constituciones y el voto de los profesos de no proponer la reforma de ella “sino es para más estrechar” al seguimiento de Cristo en humildad conforme sobre todo a la segunda y tercera semana de los Ejercicios corresponde, entre otras cosas características, el voto de los profesos de no pretender dignidades dentro ni fuera de la Compañía, y a la propagación del Reino de Cristo toda la construcción de la Compañía, y de una manera especial el voto de las misiones y de enseñar el catecismo a los niños y gente ruda.

(21) Segunda semana, **Contemplación de la Encarnación.**

La ascética de San Ignacio es pues la ascética de la Compañía.

San Ignacio es un genio religioso no solo por su formidable energía de voluntad, sino también por su admirable talento ya que para penetrar profundamente las verdades cristianas; ya para adaptarlas fuertemente a la práctica de la vida. En su mente las ideas religiosas se ordenan en un sistema de incomparable nitidez metafísica y luego con igual justeza se articulan a la realidad viviente. . . Hagamos por formular ese sistema mental y su transfusión a la estructura de la Compañía.

## 2. La concepción ascética de San Ignacio incorporada en la Compañía.

Si el motivo de su conversión, de su penitencia y de su amor por Palestina fue su amor hacia Nuestro Señor Jesucristo, en un principio en forma menos original, como indicamos antes, ese amor y su intensa contemplación le va haciendo fijarse cada vez más directamente en la Persona divina encarnada hasta hacerla el foco central de su pensamiento. Según la doble documentación antes propuesta, San Ignacio se vino a formar un concepto profundo acerca del hombre, de la vida, de las relaciones humanas con Dios y con la eternidad, no como un filósofo que discurre con datos aportados por la sola razón natural, sino como un contemplativo cristiano que profundiza en el sentido de la Redención.

Por Jesús, Dios hecho hombre por salvar al hombre, Ignacio comprende el valor del hombre, pues Dios, "viendo que todos descendían al infierno, se determina en la su eternidad, que la segunda Persona se haga hombre, para salvar al género humano" (22). Y por lo mismo comprende el Santo que la mayor obra del hombre sobre la tierra es la salvación; más aún, que ella es todo el sentido de la vida: "El hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor, y mediante esto salvar su alma" (23). Tal concepto se aprecia mejor ponderando la organización lógica de todo el *Principio y fundamento*.

Un paso más: por Jesús, Dios hecho hombre por salvar al hombre, comprende que la salvación del hombre es la obra de la gloria de Dios. Para San Ignacio la gloria de Dios se identifica con la salvación de nuestra alma, según repite en el Preámbulo para *hacer elección*: "Solamente mirando para lo que soy criado, es a saber, para alabanza de Dios Nuestro Señor y

---

(22) Segunda semana, **Contemplación de la Encarnación**.

(23) **Principio y fundamento**.

salvación de mi ánima”, y esto “no solo acerca del estado de su vida, mas aun de todas cosas particulares” (24).

Y la inteligencia ignaciana sigue avanzando: Aunque *salvar su alma* es el todo de la vida y la obra de *la gloria de Dios*, Jesús, Dios hecho hombre por salvar al hombre nos enseña algo más grande todavía: *salvar almas*, empezando, claro está, por la propia. Hay pues *algo más grande que salvar su alma: salvar almas*. Si aquella es la obra de *la gloria de Dios*, esta es la obra de *la mayor gloria de Dios*. Tal es el más alto sentido de aquel principio ignaciano tan trascendente: *El bien cuanto más universal es más divino*” (25).

---

(24) Const., P. III, c. I, n. 26.

(25) Const., P. VII, c. II, n. 1, D. La expresión “**gloria de Dios y bien de las almas**”, y correspondientemente “**mayor gloria de Dios y mayor bien de las almas**” junto con otras sinónimas de ella aparecen en las solas Constituciones más de trescientas veces, y ella siempre indica el fin y norma suprema de una ley, de una práctica apostólica. Esto supone que en la mente del santo la mayor gloria de Dios se identifica con el mayor bien de las almas. Qué fundamento dogmático tenga esta identificación, se puede colegir por estas consideraciones.

La gloria es un conocimiento exacto que tributa una alabanza correspondiente. Puesto que a la naturaleza ómniperfecta de Dios no puede añadirse una gloria intrínseca, la gloria divina procedente de los seres creados tiene que estar en ellos mismos. Y está en ellos **material y formalmente**. La **gloria material** de Dios en las criaturas es la misma perfección de ellas, por la cual se conoce y se alaba al Creador. La **gloria formal** es el conocimiento que los seres inteligentes tienen de Dios por las perfecciones creadas y la alabanza en que fructifica ese conocimiento.

El bien de las almas, que es la vida sobrenatural de la gracia, es la suprema de las perfecciones creadas, por ser una participación de la vida infinita. El alma en gracia es ya en sí misma como un incensario de perpetua y divina alabanza. El conocimiento de Dios por esa suprema perfección y la alabanza divina en que fructifica es **la mayor gloria formal de Dios**. Ese himno de gloria formal a Dios lo eleva la vida del apóstol consagrado al bien de las almas, lo elevan los ángeles al contemplar la perfección de ese bien, y cuando las almas mismas alcancen en el conocimiento intuitivo de su bien supremo, prorrumpirán en la eterna alabanza a la gloria de Dios.

Pero hay más todavía. La inteligencia humana de Jesús conoce mejor que los ángeles y bienaventurados juntos la perfección de cada alma en gracia y de su Corazón Sagrado se eleva la más divina glorificación formal de Dios por la perfección sobrenatural que con la gracia ha querido infundir en nuestra alma. Y cada grado de gracia que nosotros adquirimos corresponde en la inteligencia de Jesús a un conocimiento de la perfección divina en nosotros, y en su Corazón a un himno nuevo de divina alabanza. Jesús es el eterno y divino glorificador de Dios por la perfección que las manos divinas plasman en nuestra alma. **La vida sobrenatural, el mayor bien de las almas, es por tanto la mayor gloria de Dios.**

Este paso tan sencillo y tan seguro *de salvarse a salvar*, este pensamiento de identificarse con Jesús en ser salvador de almas, es de una penetración genial: deducido con una lógica estricta, toma luego, lo mismo en su fórmula abstracta que en su grandiosa realización concreta, formas de suprema profundidad, sencillez y eficacia.

Indiquemos brevemente esas formas y veamos cómo se diseña con precisión la concepción ascética de San Ignacio que él realizó en su propia vida y en la Compañía.

1º — Ante todo, de aquel gran pensamiento se deduce que el tipo de perfección humana, el ideal del hombre diríamos con una expresión moderna, es *ser apóstol*, y el ideal de la formación ascética es *formar al apóstol*. Primero, porque es la asimilación *a lo más característico y esencial del Dios* que quiso expresar su naturaleza teándrica y su obra divina en el mundo con un Nombre sobre todo nombre: JESUS. Y en segundo lugar, porque salvar almas y buscar su mayor bien sobrenatural ya no es solo una obra buena, sino la obra de *la mayor gloria de Dios*.

Pues bien: La Compañía es una vida de perfección, una ascética, cuyo concepto y práctica están basados en el Nombre y en la realidad del Dios-Hombre como Salvador.

a) Nuestra Compañía ha de llevar por nombre, como un blasón distintivo y glorioso, *el Nombre de Jesús: Quicumque in Societate nostra, quam Jesu Nomina insigniri cupimus...* (26).

b) *El fin de esta Compañía es no solamente atender a la salvación y perfección de las ánimas propias con la gracia divina, mas con la misma intensamente procurar de ayudar a la salvación y perfección de las de los próximos* (27).

c) Como el doble fin es propiamente uno solo, los medios para alcanzarlo se compenetrán en uno mismo: *formar y perfeccionar al salvador de almas*. Así los votos en la Compañía como en las demás órdenes y congregaciones, son los instrumentos ordinarios de perfección cristiana, y cierto en la Compañía se han de cultivar extremadamente: La pobreza, *evangelicae paupertati quam simillima* (28) —la castidad “*angélica*” (29) —la obediencia absoluta, *no solamente en las cosas de obligación, pero aun en las*

(26) *Formula Instituti*, n. 1.

(27) *Examen*, c. I., n. 2.

(28) *Form. Inst.*, n. 7.

(29) *Const.*, P. VI, c. I, n. 1.

otras, aunque no se viese sino la señal de la voluntad del superior (30), in quo Christum veluti praesentem agnoscant (31). Pero en la Compañía, a diferencia de las órdenes religiosas que le precedieron, esos votos, instrumentos de perfección individual, se practican simultánea y totalmente, para preparar y ejercitar el apostolado: *Quicumque in Societate nostra... vult sub crucis vexillo Deo militare... post sollemne perpetuae castitatis, paupertatis et oboedientiae votum, proponat sibi animo se partem esse Societatis ad hoc potissimum institutum ut ad... profectum animarum praecipue intendat* (32).

Como se ve, la Compañía, según la mente de su Fundador, recibe y practica los elementos más esenciales y eficaces de la ascética tradicional y eso con especial intensidad; pero lo característico en ella es la adaptación rigurosa de la perfección individual a la obra divina del apostolado (33).

2º — Del mismo pensamiento de la Encarnación se sigue también cuál es el *medio más perfecto para conseguir el último fin*, es decir el medio más apto para aumentar la gracia y la gloria: evidentemente *el apostolado*. En ascética el aumento de gracia santificante, de mérito y por tanto de gloria eterna, es proporcional a la bondad de la obra, a la alteza del motivo sobrenatural, a la libertad y a la intensidad de los actos voluntarios con que se abraza el bien, y es clara la perfecta bondad de una obra que realiza los planes de Dios, no solo en una, sino en muchas almas, obra que es precio de la Encarnación de Dios y de toda la economía de la Redención; y es claro que no hay motivo sobrenatural más perfecto que la mayor gloria de Dios, ni acto más libre ni más fuerte que el que, sin obligación ninguna,

(30) **Const.**, P. VI., c. I, n. 1.

(31) **Form. Inst.**, n. 6.

(32) **Form. Inst.**, n. 1.

(33) Neque obstat commune officium salutis perfectionisque propriae acquirendae, quod ad omnes religiones spectat; quandoquidem utrumque ita nobis propositum est ut finis apostolicus aequae principaliter intendatur. Quamquam una atque individua est religiosae vitae ratio, singulae tamen religiones non eodem modo caritatis perfectionem adipisci conantur. Sunt quae primario ad contemplationem et laudem Dei ordinentur; sunt quae opera quaedam misericordiae... aliaque idgenus respiciant; at Societas Jesu finem habet maxime universalem... Admodum R. P. W. Ledochowski, **Epistola de zelo animarum exemplo S. P. Caelestis et BB. Martyrum Canadensium in nobis fovendo** (21 junii, 1925), en *Acta Rom. S.J.*, vol. V, p. 300. Y concluye el R. P. Al. Centurione citado allí mismo por el R. P. Ledochowski: Nota igitur Societatis praecipua Scopusque illi et singularis est omnem industriam contentionemque suam ad proximorum salutem et perfectionem conferre.

deja todos los intereses de la vida sensible y con perfecto sacrificio de sí mismo consagra toda su vida a la obra sobrenatural de salvar almas.

Oigamos a San Ignacio mismo expresar estas ideas: "Y ultra de lo dicho, porque no tuviesen estas cosas bajas ocupado vuestro entendimiento y amor, ni lo esparciesen en varias partes, para que pudieseis todos unidos convertirlos y emplearos en aquello para que fuisteis criados que es la gloria y honra de Dios, y salvación vuestra y ayuda de los prójimos. Y aunque a estos fines vayan enderezados todos los institutos de la vida cristiana, Dios Nuestro Señor os ha llamado a este, donde, no con una general dirección, pero poniendo en ello toda la vida y ejercicios de ella, habéis de hacer de vosotros un continuo sacrificio, a gloria y honra de Dios Nuestro Señor y salud del prójimo cooperando a ella no solo con ejemplo y deseosas oraciones, pero con los otros medios exteriores con que la Divina Providencia ordenó que ayudásemos unos a otros. De donde podéis entender cuánto sea noble y real el modo de vivir que habéis elegido, que no solo entre hombres, pero aun entre ángeles, no se hallan más nobles ejercicios que glorificar al Criador suyo en sí, y reducir a El sus criaturas cuanto son capaces" (34).

La vida pues más santificadora es la vida consagrada a la santificación y salvación de las almas. Y este es sin duda uno de los secretos por qué la Compañía, en siglos, no solo no ha tenido decadencia de corporación, sino que ha ofrecido una tan rica florecencia de santos y de santidad: es la abundancia de gracia atraída por su apostolado.

3º — De aquel pensamiento fundamental se sigue que el apóstol es el instrumento de Dios para la salvación del mundo, un redentor por su identificación con Jesús. De ahí que los medios sobrenaturales sean lo capital en nuestra vida: *Para la conservación y aumento de la Compañía... y para la consecución de lo que pretende, que es ayudar las ánimas para que consigan el último y sobrenatural fin suyo, los medios que juntan al instrumento con Dios y le disponen para que se rija bien de su divina mano, son más eficaces que los que le disponen para con los hombres, como son los medios de bondad y virtud, y especialmente la caridad y pura intención del divino servicio y familiaridad con Dios nuestro Señor en ejercicios espirituales de devoción, y el celo sincero de las ánimas por la gloria del que los crió y redimió, sin otro alguno interesse* (35).

Pero pues la naturaleza está hecha para la gracia, hay que seguir con toda solicitud los caminos trazados por Dios a la misma naturaleza, para

(34) **Carta sobre la perfección en la Compañía**, Roma, mayo 7 de 1547.

(35) Const., P. X, n. 2.

llegar a los fines sobrenaturales: *Sobre este fundamento, los medios naturales que disponen el instrumento de Dios nuestro Señor para con los próximos, ayudarán universalmente... para cooperar a la divina gracia, según la orden de la suma Providencia de Dios nuestro Señor, que quiere ser glorificado con lo que da como Creador, que es lo natural, y con lo que da como Autor de la gracia, que es lo sobrenatural. Y así deben procurarse los medios humanos con diligencia, en especial la doctrina fundada y sólida y modo de proponerla al pueblo en sermones y lecciones y forma de conversar y tratar con las gentes* (36).

4º — Concebida la existencia terrestre bajo aquella luz, la vida toda se debe acomodar al trabajo apostólico: habitación, vestido, alimentación, distribución del tiempo, etc. Por la eficacia de este principio San Ignacio transformó su vida: en los comienzos, la cueva agreste y solitaria, el saco burdo y el cordón de esparto, las disciplinas varias veces al día, los ayunos de una semana. Más tarde (advierte el santo con palabras conservadas por González de la Cámara) "después que vió el fruto que hacía en las almas tractándolas, dejó aquellos extremos que antes tenía; ya se cortaba las uñas y cabellos", etc. (37).

Y este pequeño rasgo es todo un símbolo que alcanzó su plena aplicación en la Compañía, en la cual "*la vida es común en lo exterior por justos respetos, mirando siempre el mayor servicio divino*" (38). Esta regla plasma todo el régimen de la Compañía buscando firmemente una sabia y eficaz adaptación al fin (39).

5º — Por lo mismo las formas de apostolado deben elegirse y adoptarse por su rendimiento en salvación de almas o sea, en gloria divina. Esa es la norma para la selección de los ministerios de la Compañía, *ad hoc potissimum institutæ ut ad fidei defensionem et propagationem, et profectum animarum in vita et doctrina christiana, per publicas prædicationes, lectiones et aliud quodcumque verbi Dei ministerium ac Spiritualia Excercitia, puerorum ac rudium in christianismo institutionem... ad dissidentium reconciliationem et eorum qui in carceribus vel in hospitalibus inveniuntur*

(36) Ibid. n. 3.

(37) *Acta P. Ign.*, n. 29, 3º

(38) *Exam.*, c. I, n. 6.

(39) Este mirar los medios desde las alturas del fin supremo hace que San Ignacio prescindiera con una resolución tan deliberada y tan firme de algunas formas de vida ascética que a mentalidades ordinarias de su tiempo parecían imprescindibles, y de las cuales sin embargo prescindió el santo, porque no eran para él entonces y más tarde para sus jesuitas "lo que más conduce para el fin que somos criados".

*piam subventionem et ministerium, ac reliquia caritatis opera, prout ad Dei gloriam et commune bonum expedire visum erit (40).*

6º — Finalmente los campos del trabajo apostólico deben preferirse en proporción con los frutos de salvación. Esa mentalidad que a San Ignacio le hizo fundador después de muchas deliberaciones, es la que luego había de guiar a hijos de su Compañía. *Para acertar mejor en el imbiar a una parte o a otra, teniendo ante los ojos como regla para enderezarse el mayor servicio divino y bien universal, parece que se debe escoger... coeteris paribus... la parte que tiene más necesidad, así por falta de otros operarios, como por la miseria y enfermedad de los próximos... También se debe mirar donde es verosímil que más se fructificara con los medios que usa la Compañía... Donde hay mayor deuda, como es donde hubiese Casa o Colegio de la Compañía... Porque el bien cuanto más universal es más divino, aquellas personas y lugares que, siendo aprovechados son causa que se extienda al bien a muchos otros... deben ser preferidos... Así mismo donde se entendiese que el enemigo de Cristo nuestro Señor ha sembrado cizaña... se debería cargar más la mano (41).*

Es pues cristalina la armonía mental del Fundador de la Compañía de Jesús en su concepción ascética. Esta sería su expresión en idioma escolástico:

El fin de la existencia humana es la gloria de Dios que admite grados de perfección.

La gloria de Dios es la gracia sobrenatural en el alma aquí abajo y su gloria proporcional allá arriba.

Por tanto —pondérese la fuerza lógica de esta competencia— por tanto, la vida se ha de organizar y desarrollar en su conjunto y en sus detalles de tal manera que dé el máximo rendimiento de gracia y gloria.

Es así que la vida totalmente consagrada al apostolado es la que dá el máximo rendimiento de gracia y gloria.

Luego la vida debe organizarse y desarrollarse totalmente para el apostolado.

Así la vida humana por el apostolado alcanza su fin en el grado más perfecto: la mayor gloria de Dios.

\* \* \*

---

(40) **Form. Inst.**, n. 1.

(41) **Const.**, P. VII, c. II, n. 1, D.

Pero hay un elemento común a toda forma ascética, aunque no sea apostólica, y que contribuye maravillosamente a la perfección: el esfuerzo.

¿Qué parte tiene él en la vida de la Compañía?

Desde muy antiguo en la ascética cristiana es clásico el concepto de milicia por su austeridad y disciplina, para simbolizar la vida perfecta. Pues bien: la Compañía es un ejército. Así lo prueba su nombre de "Compañía", la metáfora de milicia que en la sola Fórmula del Instituto aparece cuatro veces (nn. 1, 3, 4, 9); la imagen de la bandera: *sub Crucis vexillo* (*Ibid.* n. 1); el nombre del Jefe llamado "General", representante del "sumo y verdadero Capitán que es Cristo Nuestro Señor" y principalmente la formidable organización, que con razón podemos llamar única en el mundo. Ahora bien: toda esta fuerte organización militar que en su firmeza exige tantos sacrificios está toda estructurada para el apostolado. El precioso elemento ascético del esfuerzo se realiza por su tendencia salvadora de almas.

Esta austeridad difícil se reconoce conscientemente y se acepta: *Quam viam, cum multas magnasque habere difficultates fuerimus experti* (42... *Quamobrem qui ad nos accessuri sunt, antequam huic oneri humeros supponant, diu multumque meditentur an tantum pecuniae spiritualis in bonis habeant, ut turrim hanc possint consummare* (43).

Las solas reglas 11, 12, 13 dan bien el timbre metálico de una vida que en más de un sentido se puede llamar verdaderamente *esforzada*.

Con razón los historiadores de la ascética han caracterizado la escuela ignaciana como "una espiritualidad activa, enérgica, práctica, que tiende a formar la voluntad en orden a la santificación personal y al apostolado" (44).

\* \* \*

¿Cómo puede llevarse a cabo obra tan difícil y grandiosa? Con una gracia proporcional de Dios que crea un espíritu íntimo y ofrece un motivo supremo.

El espíritu es el que San Ignacio llama "*la interior ley de la caridad y amor que el Espíritu Santo escribe e imprime en los corazones* (45). Manera de obrar fuerte, ardiente y tierna, que prescinde de los motivos puramente naturales y sin excluir otros sobrenaturales, asciende al más alto de ellos.

(42) *Form., Inst.* n. 9.

(43) *Ibid.*, n. 4.

(44) Tanqueray, *Précis de Théologie Ascétique et Mystique*, 7<sup>ème</sup> edit., p. 37.

(45) *Proemio de las Constituciones*.

Porque el gran motivo, único que explica la vida de San Ignacio y del jesuíta, pero suficiente para las mayores grandezas de santidad, es el amor puro hacia Nuestro Señor Jesucristo. Todos los documentos que constituyen el Instituto de la Compañía son ecos de este gran himno militar al "sumo y verdadero Capitán", que San Ignacio expresó así en una carta llena de ardor y brillantez, como dirigida a nuestra juventud: "Pero sobre todo querría os ejercitáseis en el amor puro de Jesucristo Nuestro Señor, y en el deseo de su honra y de la salud de las ánimas que El reparó tan a su costa, pues sois soldados suyos con especial título y sueldo en esta Compañía nuestra. Digo especial, porque hay otros muchos generales que cierto nos obligan mucho a procurar su honra y servicio. Sueldo suyo es todo lo natural que sois y tenéis... sueldo son los mismos dones espirituales de su gracia... sueldo son los inestimables bienes de su gloria... Y por si todos estos sueldos no bastasen, sueldo se hizo a sí mismo, dándosenos por hermano en nuestra carne y por precio de nuestra salud en la cruz y compañía de nuestra peregrinación en la Santísima Eucaristía" (46).

Estas palabras del Santo son la clave de su vida, como de la vida del jesuíta: sin JESUS no existiría la esencia, ni siquiera el nombre de la COMPAÑIA DE JESUS.

Y ahora, si quisiéramos recoger en cuatro rasgos típicos la concepción ascética ignaciana y jesuítica, veríamos destacarse los siguientes:

1º — Un profundo concepto sobrenatural de la vida terrestre, para consagrarla toda a *la santificación y salvación* del hombre que es la medida de *la gloria de Dios*.

2º — Una selección estricta de "lo que más conduce para el fin que somos criados", o sea *el apostolado* que nos identifica con la Persona y con la obra de Jesús y, proporcionándonos el máximo rendimiento de gracia y gloria, nos hace alcanzar así *la mayor gloria de Dios*.

3º — Una *fuerte, abnegada y generosa adaptación* de los detalles y del conjunto de la vida a la práctica divina del apostolado.

4º — Un gran amor al Salvador Jesús, motivo que impulsa a trabajar por la santidad propia y ajena, y espíritu que convierte la austera vida del apóstol en una campaña de verdaderos cruzados, estimulante como una música de clarines, brillante como armaduras y espadas al sol, íntima y confortante como la esperanza cierta de un triunfo, no tanto propio, cuanto del adorado "sumo Capitán".

\* \* \*

Si a esto se añade que la Compañía posee un admirable código ascético: nuestro Instituto; un guía experimentado y cariñoso: nuestra dirección espiritual; una ilustración copiosa y atractiva: nuestra literatura ascética, biográfica, histórica, se comprende que la Compañía es una escuela perfecta de santidad.

### III

#### LA ASCETICA DE LA COMPAÑIA Y LA DEVOCION AL SAGRADO CORAZON DE JESUS

Hacia siglo y medio que la Compañía trabajaba a mayor gloria de Dios y bien de las almas, y el sueño audaz y generoso concebido por San Ignacio de extender su obra redentora a todos los tiempos y a todas las regiones del planeta se iba haciendo una grandiosa realidad.

En 1688, año muy célebre en nuestra historia, la Compañía tenía ya 38 provincias y 18.000 socios. Sus numerosos colegios educaban la juventud en grandes y pequeñas ciudades; sus predicadores hablaban ante las cortes de Portugal, España, Francia, Baviera y Nápoles; sus misioneros anunciaban el Evangelio a la orilla de los lagos canadienses, en las mesetas mexicanas y neogranadinas, en las vegas de Chile y en los bosques del Paraguay, en el Japón y en las Islas Marianas y Filipinas, en China y en la India, en Persia y en Madagascar. ¡Qué idealismos tan grandes y tan realistas pasan por la mente de los genios de la santidad!

En el año 1688, ese que hemos llamado hace un momento *año muy célebre en nuestra historia*, en una humilde celda del convento de la Visitación en Paray-le-Monial oyó Santa Margarita, como dirigidas por Nuestra Señora al P. De la Colombière estas palabras que con una resonancia inmortal habían de seguir conmoviendo a través de los siglos el corazón de la Compañía: "Y tú, siervo leal de mi divino Hijo, tú tienes una gran participación en este precioso tesoro [de su Corazón]; porque... está reservado a los Padres de la Compañía hacer ver y comprender su utilidad y su valor para aprovecharlo recibéndolo con el respeto y gratitud debidos a tan gran bondad... A medida que ellos le rindan tal servicio, este divino Corazón, fuente de bendiciones y de gracias, las derramará tan copiosamente sobre sus ministerios, que producirán frutos por encima de sus trabajos y de sus

esperanzas, aun para la salvación y santidad de cada uno de ellos en particular (47).

Estas palabras tienen un enorme sentido espiritual e histórico.

Ante todo recordemos con amor y gratitud qué labios virginales las pronunciaron. En la vida de San Ignacio, de la Compañía y de cada uno de nosotros Nuestra Señora ha tenido una intervención tan fecunda como de Madre, tan generosa como de Reina y tan trascendente como de Mediadora universal, que era preciso se nos concediera por Ella y se formulara en su boca maternal esta nueva elección tan extraordinaria que es como la cumbre de los beneficios divinos a la Compañía y a cada uno de nosotros.

Para conmemorar esa elección y esas palabras en su quinto cincuentenario, el año 1938, nuestro muy R. P. General Wlodimiro Ledochowski, escribió una carta por encargo de la XXVIII Congregación General, y esta misma Congregación incluyó éste entre sus decretos: "Con ocasión de cumplirse los 250 años de aquella revelación en que Cristo Nuestro Señor, por la intervención maternal de la Santísima Virgen María, hizo a la Compañía el suavísimo encargo de fomentar y propagar con especial cuidado el culto de su divino Corazón, la Congregación General XXVIII, no solo confirma el decreto de la Congregación General XXVII en que se urge el cumplimiento de ese encargo, sino que encomienda intensamente a todos los NN. que promuevan ya en sí mismos ya en los otros esta forma de vida espiritual con aquel espíritu de oración y penitencia reparadora que se propone en la Encíclica del Papa Pío XI como un remedio extraordinario para las necesidades extraordinarias de nuestros tiempos" (48).

\* \* \*

Aquella singular elección respecto de la Compañía fue manifestada a Santa Margarita por Nuestro Señor y aceptada repetidas veces por la misma Compañía con fórmulas de rara emoción, incorporadas oficialmente en nuestro Instituto.

Nuestro Señor Jesucristo dió a conocer esa elección casi al mismo tiempo que los tesoros contenidos en su Santísimo Corazón y su voluntad decidida de establecer su culto. Pero con razón podemos decir que el amor del Corazón de Jesús había preparado muy de lejos la Compañía para esa distinción tan señalada y para llevar a término sus planes sobre la santidad de los Nuestros y sobre su apostolado.

(47) Carta XC, en *Vie et oeuvres de la B. Marguerite Marie Alacoque*, Paris, 1915.

(48) Decreto Congr. Gener. XXVIII, Tit. II, 20.

Cuando Jesús apareció a Ananías y le dió cuenta de la conversión de Saulo, el perseguidor, añadió: "Ve, porque éste será para mí un instrumento de elección, que llevará mi Nombre ante las naciones" (49). San Ignacio tendido en el suelo por la explosión de Pamplona es imagen de Saulo tendido en el camino de Damasco, y del herido de Loyola, "soldado desgarrado y vano", también podía decir Jesús: "Este es un instrumento de mi elección que llevará mi Nombre y mi Corazón ante las naciones".

Vimos anteriormente como la concepción ascética personal de San Ignacio se convirtió en social y se eternizó por la fundación de la Compañía: veamos brevemente como esa ascética de la Compañía se compenetra y se perfecciona con la devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

### 1. *El fin de la Compañía y el fin de la devoción al Sagrado Corazón.*

El pensamiento fundamental ascético de San Ignacio y de la Compañía se cifra, decíamos, en el sentido de un Nombre y de un Ser divinos: JESUS. El carácter propio de Dios hecho Hombre es ser Salvador. San Ignacio y los suyos construyen su sistema doctrinal y práctico de vida en el valor del apostolado: ser redentores con Jesús y como Jesús. Ese sistema doctrinal y la vida de la Compañía, que es su consecuencia, están contruídos pieza por pieza para hacer real la Redención, es decir, la gloria de Dios en la santificación y salvación de las almas. En frente de esta finalidad que, como hemos visto es todo el sentido de la Compañía, citemos un pasaje clásico en la historia y en la práctica de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús: "El gran deseo que nuestro Señor tiene de que su Sagrado Corazón sea honrado con un culto especial es para renovar en las almas los efectos de la Redención, haciendo a este Sagrado Corazón como un segundo mediador entre Dios y los hombres" (50). En este mismo sentido se podrían citar tantos otros pasajes en que habla Santa Margarita de "la segunda Redención amorosa", "para arrancar las almas al imperio de Satanás" (51), y del "último esfuerzo" de Jesús (52) por salvar al mundo.

### 2. *La práctica de la vida en la Compañía y la práctica de la devoción al Sagrado Corazón.*

Este rico tema se puede considerar en su aspecto ascético, personal, y en su aspecto apostólico.

(49) Act. IX, 15.

(50) Carta XLIII en la obra citada.

(51) Carta CXXXIII, *ibid.*

(52) Carta XLIII, *ibid.*

Lo más esencial de nuestra vida personal ascética son los tres votos y la práctica de nuestro Instituto. Los tres votos son una consagración fundamental y definitiva por la cual el jesuita adopta la práctica perfecta de las virtudes religiosas, pobreza, castidad y obediencia, y esa consagración, recibida y bendecida oficialmente por la Iglesia, se precisa y se hace viviente y continua por la observancia del Instituto.

En la devoción al Sagrado Corazón también lo más característico y perfecto es la consagración. Citemos otro pasaje clásico: "Si queréis vivir solo para El y llegar a la perfección que El desea de vos, es preciso que hagáis a su Sagrado Corazón una oblación completa de vos mismo y de todo cuanto os pertenece" (53). Aquí se resume lo más importante de la predicación epistolar de Santa Margarita.

El mérito altísimo de los votos religiosos que elevan la práctica de sus virtudes a la categoría de obras de religión, por la consagración al Corazón de Jesús adquiere todavía un relieve incomparable, pues, como recordaremos luego, nuestra vida y acciones, consagradas al Corazón de Jesús, establecen una relación especialísima con los méritos infinitos y la Persona de Nuestro Salvador.

Pero eso la práctica de nuestras Constituciones, envuelta en el gran movimiento elevador y ardiente de la perfecta consagración, adquiere un valor enteramente excepcional y superior, como no se lo comunica ningún otro espíritu ascético adoptado por la Iglesia.

Las otras prácticas cristianas fomentadas cuidadosamente en nuestra vida están como calculadas para formar el ambiente de la devoción al Corazón de Jesucristo. Así las penitencias personales, las virtudes cultivadas por el examen particular y general, el espíritu de recogimiento, la tierna y profunda devoción a Nuestra Señora y a San José, las visitas al Santísimo, la frecuencia de los sacramentos y en especial de la Sagrada Comunión, de la que San Ignacio, con extrañeza de mucho en su tiempo, fue un fervoroso campeón.

\* \* \*

El otro aspecto de nuestro sistema de vida es el apostolado.

Respecto de la labor positiva ya queda dicho lo bastante al hablar del fin mismo de la Compañía, cuyo sentido total en el mundo es trabajar con todas las fuerzas por la santificación y salvación de las almas propias y

---

(53) Carta XVIII, *ibid.*

ajenas, y ya vimos también como a eso se dirige la manifestación del Corazón de Dios en los últimos tiempos. Precisamente todo este libro muestra cómo se compenetran y se vivifican todos nuestros ministerios con esta preciosísima devoción.

“Los pecadores encontrarán en mi Corazón la fuente y el océano infinito de la misericordia”.

“Las almas tibias se volverán fervorosas”.

“Las almas fervorosas se elevarán a una gran perfección”.

“Daré a los sacerdotes el talento de conmover los corazones más endurecidos”.

“Las personas que propagaren esta devoción, tendrán su nombre escrito en mi Corazón y jamás será borrado de él”.

Estas admirables promesas relativas al apostolado junto con la justamente llamada “gran promesa”, para los que comulgaren nueve primeros viernes de mes seguidos, están en una forma más o menos sinónima en los escritos de Santa Margarita y expresan gracias incomparables prometidas por nuestro Señor Jesucristo, que deben mirar como especialmente suyas los apóstoles de la gran devoción (54). Para una orden religiosa esencialmente apostólica como la Compañía, estas promesas vienen a ofrecer una arma nueva y perfecta en la conquista del mundo para Dios por la santificación y salvación de las almas.

Pero hay otro aspecto muy característico de esta devoción en vista del apostolado y es *el espíritu de reparación*. Para comprender cómo este espíritu es puro espíritu de la Compañía de Jesús, recordemos dos documentos importantes uno muy antiguo y otro muy moderno. El primero es de nuestro Fundador en la carta ya citada sobre la perfección, toda la cual es como un resumen de nuestra ascética y de nuestro espíritu: “Pues si la obligación conocéis, y deseáis adelantaros en aumentar esta su honra y servicio, en tiempo estáis que es bien menester mostrar por obra vuestro deseo. Mirad donde sea hoy honrada la Divina Majestad, dónde acatada su grandeza inmensa, dónde conocida su sapiencia y bondad infinita, dónde obedida su santísima voluntad; antes ved con mucho dolor cómo es ignorado, deshonorado, despreciado su santo nombre en todos lugares; la doctrina de Cristo, eterna sapiencia, desechada, su ejemplo olvidado; el precio de su sangre en cierto modo perdido de nuestra parte, por haber tan pocos que

---

(54) Cfr. Bainvel, *La dévotion au Cœur de Jésus*. Première partie, Ch: IV.

de él se aprovechen... Digo por resumirme en pocas palabras, que si bien miráis cuánta sea la obligación de tornar por la honra de Jesucristo, Reparador nuestro... veríais cuán debida cosa es que os dispongáis a todo trabajo... mayormente habiendo hoy tan pocos *qui non quaerant quae sua sunt, sed quae Jesu Christi*. Por donde debéis esforzaros a suplir lo que otros faltan, pues Dios hace particular gracia en tal vocación y propósito".

El otro documento es actual. El año de 1938 daba la Congregación General XXVIII el decreto antes citado que termina así: "Se encomienda intensamente a todos los Nuestros que promuevan... esta forma de vida espiritual con aquel espíritu de oración y penitencia reparadora que se propone en la Encíclica del Papa Pío XI"...

\* \* \*

Todo esto explica por qué la devoción intensa y práctica al Sagrado Corazón ha sido incorporada a nuestro Instituto en una forma definitiva y de especial ponderación en sus expresiones: *Omnibus cordi sit munus suavissimum, a Christo Domino Societati commissum ab eaque lubentissimo ac gratissimo animo susceptum, devotionis erga Sacratissimum Cor Jesu colendae, fovendae, propagandae* (55).

Y al hablar de la conservación y aumento de la Compañía dice el mismo Epitome de nuestro Instituto: *Intelligent omnes, quo ferventius solidum SS. Cordis cultum in seipsis atque in allis promoverint, eo maiores atque etiam ultra quam speraverint, laetos fore tam spiritualem singulorum profectum, quam fructum apostolicorum Societatis laborum* (56).

De estas palabras se desprenden dos conclusiones muy importantes:

La primera es que si la autoridad suprema de la Compañía ha recomendado tan urgentemente la práctica y propagación del culto al Sagrado Corazón de Jesús, esta devoción no sólo no contradice en nada nuestra ascética, sino que se adapta a ella perfectamente.

La segunda conclusión avanza más en triple forma: a) tan autorizadas palabras incorporan en nuestro Instituto y en nuestra vida prácticas nuevas que no estaban en nuestras Constituciones; b) esa nueva incorporación es de una cosa muy importante y hoy ya para nosotros obligatoria, pues si no fuera así, ni se hiciera esa incorporación, ni se hiciera con palabras tan encarecidas; c) y finalmente la devoción al Sagrado Corazón de Jesús per-

(55) *Epit. Instit. S.J.*, n. 672.

(56) *Ibid.*, n. 851, 1.

lección nuestra vigorosa ascética ignaciana con una nueva y poderosa fuerza espiritual, que nuestros antiguos Padres no tuvieron la dicha de poseer en igual grado que nosotros.

### 3. *La relación con la Persona de Jesús.*

Y hay una cumbre en nuestra vida ascética a donde precisamente se dirige la devoción al Sagrado Corazón: su relación con la Persona de Nuestro Señor Jesucristo.

Sobre la contemplación genial y ardiente del carácter esencial de Jesús, expresada divinamente en su Nombre Santísimo, edifica San Ignacio su sistema de vida espiritual dogmático y activo, que traza en los Ejercicios y realiza en su propia vida y en la Compañía: la imitación de Jesús es la aspiración ideal de nuestra laboriosa existencia; el amor de Jesús es la fuerza sustentadora y estimulante de nuestra vida disciplinada y austera; la gloria de Jesús es el fin de nuestra propia santificación y de la salvación de las almas. En nuestra mentalidad y en nuestra labor ascética todo se funda, se enardece y se consume en nuestro Salvador.

Y eso es precisamente lo que se obtiene de manera eminente por la devoción a su Corazón adorable. Puede verse en los teólogos (57), que estudian esta devoción cómo el Corazón de Cristo, objeto de ella, significa y representa el amor divino y humano de Jesús; su vida íntima, su misma Persona. La verdadera devoción al Sagrado Corazón de Jesús es el amor tierno, ardiente y eficaz a Jesús mismo. Devoción cordial, que al atraer nuestro amor recoge el amor divino y el amor humano, y como dice la fórmula feliz del P. Bainvel: "El amor de Jesús por nosotros y el amor de nosotros por Jesús; el amor de Dios por nosotros en Jesús y el amor nuestro hacia Dios en Jesús" (58).

Por tanto la ascética de la Compañía y la devoción al Sagrado Corazón se compenetran, se refuerzan, se identifican al resumirse en el amor integral, ardiente y práctico hacia nuestro Señor Jesucristo.

### 4. *La síntesis de la vida.*

Lo más característico, lo más fecundo y lo más alto en la práctica de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús es *la consagración perfecta*.

---

(57) V. gr. Terrien S.J., *La La dévotion au Sacré Coeur de Jésus*, livres I, II; Bainvel S.J. *La dévotion au Coeur de Jésus*, II<sup>e</sup> me partie.

(58) Bainvel, o. c., II<sup>e</sup> me., partie, ch. IV.

Esta consagración consiste, como sabemos, en un acto consciente y definitivo por el cual entregamos al Santísimo Corazón de Jesucristo todo cuanto somos, obramos y poseemos, para que El disponga de todo lo nuestro según su divina voluntad y lo aplique según sus divinas intenciones. Este acto, hecho en una hora solemne, se renueva en la vida práctica con la frecuencia posible y se hace eficiente por el ejercicio de la virtud sincera y fervorosa.

¿Cuáles son sus consecuencias en nuestra vida espiritual? Meditemos en este escalonamiento de inmensas realidades.

1ª.—Por la gracia nos unimos a Jesucristo tan íntimamente que participamos de su divinidad. Tan realmente como corre por nuestras venas nuestra sangre, corre por nuestra alma la vida de Dios: *Yo soy la vid, vosotros los sarmientos*. Unión tan íntima que dá a nuestras obras el valor de obras divinas y solo por ella tienen el mérito infinito de la vida eterna.

2ª.—Con los votos se intensifica mucho más esta unión por una enorme acumulación de gracia, debida a que las tres virtudes ascienden al plano superior de la virtud de la religión.

3ª.—Sobre este elevado plano sobrenatural interviene la voluntad con lo que hemos llamado la consagración perfecta.

La materia de los votos son las virtudes correspondientes, y aunque su cumplimiento incluye la práctica de otras virtudes, su alcance no llega a abrazar todo cuanto somos, poseemos y obramos. Los votos son un avance muy profundo en el campo de la generosidad; pero la consagración perfecta avanza hasta el fondo del horizonte. Ella entrega al Amor, al Corazón de nuestro Dios-Salvador nuestro ser total, desde los elementos físicos hasta la cumbre del espíritu; desde lo más insignificante hasta lo más grande de nuestros derechos, capacidades y aspiraciones; todos los movimientos de nuestra acción integral y el enlace completo de los instantes fluyentes que vinculan nuestro presente con nuestra eternidad. Quedan pues en especial posesión divina como tres dimensiones en que existe nuestra misteriosa naturaleza: lo permanente de nuestro ser, lo irradiante de nuestra vitalidad, lo sucesivo de nuestra duración.

Además en la consagración, que, para ser realmente vivida pide una continua renovación, la entrega consciente tiene una prolongación incansable, y el mérito del acto humano, moralmente perfecto y psicológicamente deliberado, libre y generoso, reverdece y fructifica con un vigor indeficiente.

Así pues, por este acto profundo y heroico, deseado expresamente de nosotros por el mismo Dios-Hombre, todo cuanto somos y poseemos pasa a

ser la posesión personal de Jesucristo. Esa posesión divina hace descender hasta nosotros una realidad espiritual: penetra hasta las fibras más íntimas de nuestro ser, diviniza hasta las más ligeras acciones, aun las ajenas a la conciencia psicológica, toca de luz eterna cada instante oscuro y fugaz de nuestra vida. La plenitud del Corazón de Dios transforma en sí nuestro ser y nuestros actos y les comunica la fecundidad insondable de su vida infinita y la trascendencia ecuménica de sus intenciones redentoras.

De este modo el gran aspecto de la vida ascética, la santificación personal, es decir, el aumento de la gracia, por nuestras obras, que con la consagración son ya obras de Jesucristo, alcanza su máximo rendimiento. Y al mismo tiempo el aspecto apostólico alcanza su máxima eficacia y extensión, identificado con la inmensa palpitación de gracia que desde el Corazón de Jesús circula por el mundo de las almas, para llevarles la santidad y la salvación.

Esta incomparable práctica de vida espiritual, divinamente fértil en santidad y redención, cumple realísimamente, sin que casi lo advirtamos, aquella sublimidad que nos parecería exclusiva de almas como la de San Pablo: *En mí la vida personal se ha suspendido: Cristo es quien vive en mí* (59).

EDUARDO OSPINA, S.J.

---

(59) Gal., II, 20.